

## Sumario

Palabras, libros y lecturas  
por Asunción Escribano  
p. 2-3

Sección de adultos  
p. 4-9

Sección infantil  
p. 10-15

Fonoteca  
p. 16

Videoteca  
p. 17

Sección local  
p. 18

Comicteca  
p. 19

Club de lectura  
p. 20-21

Actividades en el teatro  
p. 22

Libros para regalar.  
Adultos  
p. 23

Libros especiales  
p. 24

## Los libros: el rincón luminoso

La infancia es una guarida íntima a la que uno vuelve siempre para aprovisionar de certidumbres su vida. Entonces los veranos para mí eran el mes de agosto. A pesar de que en julio nos íbamos todos a la playa (sólo quien ha pertenecido a una familia de cinco hermanos sabe la densidad de alborozo que pueden suponer unas vacaciones juntos), el mes de julio era el nudo doméstico del año: cuando nos encontrábamos con el resto de primos y familia... Sin embargo, para mí el verdadero bálsamo era el mes de agosto. Una época que se diluía entre el rígido horario del invierno y el respiro tradicional del mes playero.

Agosto era lento, de una indolencia prodigiosa. Sin control familiar, porque era el momento en que cada cual hacíamos lo que queríamos. Era el mes que más ha forjado históricamente mi carácter. Los primeros días me dirigía a la librería para adquirir las lecturas que me iban a revestir de aventura los treinta días más deseados... los que siguen teniendo esa rúbrica de reposada luz sobre los ojos. Un periodo en el que, guarecida en casa, una vez que mis hermanos se marchaban con sus amigos y mis padres hacían lo propio, yo buscaba aquel sillón viejo en la esquina de mi habitación y me acomodaba en él, dispuesta a ser. Siempre he sido –entonces y ahora– la mejor yo posible entre las protectoras páginas de un libro. Y leía y leía, con una ferocidad desmadejada, como si la vida me fuera en ello. Sabía que durante el curso los momentos de lectura íntima y silente tendría que robarlos de los deberes, las clases de piano y demás obligaciones. Pero agosto era el momento en el que el tiempo tenía la propiedad de las aguas estancadas, y discurría –apenas lo hacía– con una pereza que no he vuelto a experimentar jamás.

Por aquellas mañanas y sus tardes pasaron primero princesas, animales y bucaneros, después aquellos cinco –semejantes a nosotros– pero cuyas vidas siempre rozaban lo increíble que tienen los enigmas. Años más tarde medí mi pulso con los clásicos, Dostoyevski, Proust, Faulkner, Poe, Unamuno... Y llegó también, más tarde, como un fulgor que me reveló el modo absoluto de la palabra, la poesía.

Recuerdo con especial intensidad la lectura primera de Julio Verne, aquel autor que todo el mundo insistía en afiliar a mi hermano, y que por su asociación masculina y mi tendencia innata hacia la rebeldía tanto me interesó. En sus *Cinco semanas en globo* aprendí el poder de conmoción que poseen las palabras en aquel discurso inicial del presidente de la Real sociedad geográfica de Londres, con el que “electrizó” a la asamblea con contundente elocuencia.

*Alicia en el país de las maravillas* dio nombre a mi deseado futuro, cuando en un párrafo profético, que suele pasar desapercibido en los lugares comunes de esta obra, Lewis Carroll afirma en boca de la hermana de la protagonista que “pensó que Alicia conservaría, a lo largo de los años, el mismo corazón sencillo y entusiasta de su niñez, y que reuniría a su alrededor a otros chiquillos, y haría brillar los ojos de los niños al contarles un cuento extraño (...);

y que Alicia sentiría las pequeñas tristezas y se alegraría con los ingenuos goces de los chiquillos, recordando su propia infancia y los felices días del verano”.

Jack London me evidenció el lado oscuro del mundo en su *Colmillo blanco*. La lucha del hombre por mantener a raya el miedo nocturno y “a distancia la manada de lobos”. Las alimañas atacando al hombre que se ha dejado vencer por el sueño, y que yo asociaba a los emotivos e impresionantes relatos de mi madre, cuando nos narraba las noches que mi abuelo pasó en el monte, mientras ellos escuchaban los aullidos a lo lejos. Aquella portentosa narración sobre el cachorro gris, cuyo punto de vista el escritor asume como propio, entregado a los hombres que resultan ser más violentos de lo que se esperaría en él...

Del mismo modo se me quedó tatuada en aquellos años la historia de *El Principito* de Antoine de Saint Exupéry, sorprendente juicio ante la mirada perdida de los adultos, que no son ya capaces de imaginar al elefante en el estómago de la boa. Años después, instalada ya en la treintena, mientras releía precisamente ese pasaje en un parque, y meditaba sobre si yo también habría perdido con los años esa capacidad de ver lo evidente, ocurriría una de esas extrañas sincronicidades que tanto propicia la literatura, y que ya me he acostumbrado a interpretar como mágicas grietas en la estructura compacta de la realidad: un niño de apenas seis años, se acercó a mí y me preguntó literalmente: “¿niña, quieres jugar conmigo?... Requerimiento que concebí, seguramente en un ejercicio de interpretación excesiva, como inevitable respuesta a mi reflexión anterior.

Muchos fueron los libros que pasaron en aquellos años por mis manos. Y muchos han sido los que han seguido pasando después...

Sé que nunca volveré a ser la niña que construyó su vida en aquel rincón con libros. Pero siempre que me siento oscura recuerdo aquel resplandor que tiene que ver mucho con la cualidad prodigiosa y transformadora de la memoria, que ilumina recovecos para que nos sirvan de refugio. Y vuelvo, siempre vuelvo a los libros, y me aventuro y crezco y me torno resplandeciente y esperanzada, y de ellos salgo renovada y salvada y con los pulmones y la mirada plenos de oxígeno... Nunca he podido liberarme –ni siquiera quiero- de esa convicción de que soledad lectora y libertad caminan juntas. Nunca me percibo tan libre como acurrucada en el silencio, esa sensación inherente ya en mi vida que se estira y acrecienta si la acompaño de la lectura. “Con un libro nunca te sentirás sola”, me dijo hace muchos años mi padre. Y esa ha sido la levadura cierta en que he ido adensando día tras día mi inmensa felicidad cotidiana.

Asunción Escribano



### Asunción Escribano Hernández

(Salamanca, 1964)  
Poeta, filóloga, periodista y profesora del área de Lengua y Literatura en la Facultad de Comunicación de la Universidad Pontificia de Salamanca.

Ha participado en diversos cursos, congresos y proyectos de investigación, fruto de sus estudios sobre el uso de la lengua en la Comunicación. Autora de diversos artículos publicados, entre otras, en las revistas "Zer", "Comunicación y Sociedad", "Anàlisi", "Logo", "Naturaleza y Gracia", o "Espacios Públicos".

En palabras de José Amador Martín Sánchez, su poesía es una “poesía desnuda y condensada, intimista, que retrata el interior del alma haciéndola salir fuera... Poesía del instante que pasa y vuelve en el recuerdo emocionado de un verso, de una imagen que pinta su alma”.

### Obras literarias

**Solo me acarician alas**  
Diputación de Salamanca, 2012.

**Literatura y publicidad: el elemento persuasivo-comercial de lo literario**  
Comunicación social, 2011  
(Publicidad; 16)

**Metamorfosis**  
Academia Castellana y Leonesa de poesía, 2004  
*Primer premio en el certamen nacional “Juan de Baños”*

**Estaciones de la luz**  
Plaquette poética, Caja Duero; Real Cofradía del Cristo yacente de la misericordia y de la agonía redentora, 2003

**El origen del mundo, Díptico poético**  
José Luis Puerto (ed.)  
León 2002.

**La disolución**  
Amarú, 2001  
(Mar adentro; 27)  
*Finalista del Premio de la Academia Castellana y Leonesa de Poesía, 1999*

### Obras en colaboración

**Femenino plural: antología de poetas salmantinas**  
EDIFSA. Salamanca, 2004